Rafael Altamira, un hombre de Paz

(Conferencia pronunciada por Pilar Altamira el 22 de Octubre de 2001)

Jornadas conmemorativas del Cincuentenario de la muerte de R. ALTAMIRA.

CASINO de ALICANTE.

Buenas tardes, comienzo agradeciendo a la catedrática de literatura de la Universidad de Alicante, Mª Angeles Ayala, el retrato tan favorecido que me ha pintado. Mi relación con ella se inicia cuando leo su magnífico trabajo introductorio en una edición presentada por la Fundación Altamira en el año 1.998 de los *Cuentos de Levante* escritos por mi abuelo. Nada más leerlo quise conocer a la autora y la persona me prendió como ya lo había hecho la crítica literaria. Ese es la razón de su presencia hoy aquí; no he podido encontrar mejor presentadora, aún sin mencionar otro elemento que nos une: el convencimiento que compartimos acerca de la calidad literaria de don Rafael pese a, son sus propias palabras, no haber podido desarrollar suficientemente aquella vocación frustrada.

En el capítulo de los agradecimientos tengo que mencionar el de mi familia al Casino de Alicante; a don Jose Luis Villacañas, de la Dirección General del Libro de la Generalitat Valenciana, por su interés y generosidad demostrados en todo momento. Al Instituto Jorge Juan y al equipo que, contra viento y marea, tutelaron el importante legado depositado en el Centro ¡Quiera Dios que su destino final sea tan correcto como lo están siendo la catalogación y digitalización! Gracias a doña Rosa Mª Monzó, Directora de la Biblioteca Gabriel Miró por los libros aportados para la Exposición y nuestro agradecimiento también al Cercle d´Estudis *Sequet peró Sanet* de San Vicente del Raspeig por incluir, dentro de las Jornadas *Millenium,* una conferencia de apertura a cargo de don Vicente Ramos, la organización y montaje de una excelente exposición y la publicación de un libro monográfico sobre Rafael Altamira, presentado en una interesante Mesa redonda.

En esta sala hemos escuchado, a lo largo de esta semana, las disertaciones del señor Villacañas y de Rafael Asín Vergara; cada uno de ellos ha mostrado diferentes características de la personalidad de Rafael Altamira: su inteligencia preclara, su talante democrático, su preocupación por los

problemas sociales y su honestidad. Ambos lo han tratado brillantemente desde su profesionalidad.

Yo no pertenezco al mundo de la Historia, ni al de la Política, y así me corresponde hablar desde un enfoque diferente, que es el mío propio. Intentaré, con la mayor brevedad posible, seguir la trayectoria de Rafael Altamira fijando más la atención en lo que, a mi juicio, latía detrás de sus empeños más que en sus éxitos profesionales.

Aquí se ha mencionado una anécdota de Rafael Altamira que figura en sus Memorias cuando, al terminar la carrera de Derecho, preguntado por su profesor don Eduardo Soler sobre sus intenciones profesionales, responde: *Quiero ser catedrático*, bien consciente de que por ese camino nunca se haría rico. Pues bien yo desde niña soñaba con descubrir, al modo del Pequeño Príncipe, lo esencial *que es invisible a los ojos;* así cuando otras niñas se extasiaban contemplando los pasos tambaleantes de aquellas primeras muñecas andadoras, yo me moría de ganas por destriparlas para averiguar qué cosa les hacía caminar. Ese mismo impulso me llevó hacia los secretos de la vida, estudié Ciencias Biológicas, y más tarde a muchos otros conocimientos que, de alguna manera, fueran dando respuesta a mis interminables preguntas.

Entre ellos, voy a mencionar a la *Formación Biográfica,* una carrera joven casi desconocida en España y creada en Holanda, a fines de los años 70, por el doctor Bernard Lievegoed, autor del libro *Las fases de la vida,* con la colaboración de un importante equipo de médicos, sicólogos y sociólogos. Su método de trabajo analiza el desarrollo de nuestra biografía, desde el nacimiento, intentando descubrir *el hilo rojo* de nuestras vidas, las auténticas motivaciones personales, encontrar el por qué y para qué de nuestras aptitudes. Bajo ese prisma, con mirada de biógrafa, he recorrido la vida de Rafael Altamira y, entre las muchas cualidades que fueron apareciendo en él con el paso de los años, yo señalaría como una constante, su *hilo rojo,* el amor a la Paz. Esa fuerza le empuja y, desde mi punto de vista, está detrás de todas sus acciones, de principio a fin, como vacuna frente a los odios y la violencia y apoyándose en sus dos aliados: el respeto a las libertades y el derecho a la cultura que deben disfrutar todos los pueblos.

En la vida de cualquier ser humano en alguna ocasión puede aparecer una persona que nos marque profundamente; quizá sea un amigo, un maestro,

un familiar o algún amor pero siempre esos encuentros señalan nuestro camino incluso llevándolo a cambiar de rumbo. En el caso de Rafael Altamira la primera persona que influyó decisivamente en la orientación de su vida fue, sin duda, su padre. Don José Altamira, músico de profesión, era un hombre culto y liberal que le proporcionó un ambiente familiar acogedor en el que pudo desarrollarse tanto intelectual como artísticamente, gracias a su madre, y recibir el modelo de otros valores importantes que alimentaron su alma.

Así, de la mano de su padre, hacía visitas por ejemplo a la Fábrica de Tabacos de Alicante donde ya sintió preocupación por la situación social de las cigarreras, como visitaba a personas enfermas en Campello y más tarde, 1885, en San Vicente a los afectados por el cólera. Efectivamente aquellos padres sembraron en él, biográficamente hablando, en la edad y momento adecuado las semillas adecuadas de caridad y justicia que llevarían al muchacho a desarrollar su futuro pacifismo.

Más adelante cuando con doce años compone, él sólo y durante cuatro años, una revista de dieciséis folios rayados que llama *La Ilustración Alicantina,* donde reúne poesías, cuentos, comentarios de actualidad, etc. este joven no está entreteniéndose porque sí, está ejercitando su pacifismo, está queriendo llevar a sus lectores de la forma más sencilla unos conocimientos que, para él, es indispensable adquirir; desde esa temprana edad cultura y libertad eran en su pensamiento los medios que propiciaban la Paz.

Con unos años más, cuando escribe la *Historia de la civilización española* y la *Psicología del pueblo español,* intenta penetrar en el alma del pueblo español para significar sus virtudes y sus defectos, todo aquello que nos caracteriza y distingue de otros pueblos. Y lo hace evitando comparaciones odiosas, criterios excluyentes y complejos, tanto de inferioridad (el *papanatismo* frente a todo lo de fuera) como el de superioridad (*¡Somos los mejores!)* caminos todos que, en su opinión, llevan a los hombres a la enemistad, el odio y finalmente la guerra. Al relacionar así la Historia con la Sociología y la Filosofía, a mi entender, está nuevamente trabajando por la Paz.

En ese mismo libro rechaza abiertamente cualquier tipo de nacionalismo defendiendo, ante todo, la integridad de España para eludir cuando menos los antagonismos y luchas regionales y, a mayores, los brotes de independentismo que llevarían a la fragmentación del país.

Cuando en 1897 obtiene la Cátedra de Historia del Derecho de la universidad de Oviedo coincide con el III Centenario de dicha universidad y, tras la visita de un profesor cubano, el Claustro decide enviar una embajada de buena voluntad a las Universidades americanas y eligen a Rafael Altamira, que tan buena impresión había causado entre ellos por su Discurso inaugural del Curso Académico del año 1898, como delegado.

El viaje, que comienza en Junio de 1909, se prolonga hasta el treinta de Marzo de 1910 visitando Argentina (Universidad del Mar de la Plata), Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Perú y Méjico, las universidades de Yale y Columbia y finalmente Cuba. En todas ellas pronunció cientos de conferencias, escribió innumerables artículos, puso las bases para futuros intercambios, para la creación de Instituciones hispanoamericanas, de Acuerdos culturales entre ambos continentes; se reunió con profesores, alumnos, libreros y políticos en un trabajo ingente del pacifista que logra restablecer los puentes que habían quedado rotos con España desde la Guerra de las colonias.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-18) se posiciona del lado aliadófilo, los defensores del espíritu más liberal y democrático, frente a los germanófilos; desde un principio lo hace a través de sus escritos en los que aboga por la neutralidad y los sentimientos necesarios para evitar los odios que lleven a sacrificios humanos. Sin pretenderlo está acumulando méritos para su futura propuesta como candidato al Nóbel de la Paz.

Mientras en Europa se vive con inquietud un ambiente bélico y en el Congreso de Bruselas se crea el *Comité de los Diez,* juristas que luego formarán la Sociedad de Naciones y se encargarán de elaborar los estatutos para un Tribunal de Justicia permanente en La Haya compuesto por 11 jueces. Altamira es nombrado Juez permanente y después de sus siete años de mandato es reelegido por otro período más (1930 a 1940) En ese tiempo sigue como Catedrático en Madrid, publica su *Ideario Político* y continúa trabajando sobre americanismo y pacifismo, a la vez que da clases en La Sorbona sobre *Historia del pensamiento español.* No hay duda que en este período alcanza su mayor prestigio internacional.

Tengo que citar aquí un fragmento de *Un mensaje y una conferencia pacifista* escrito en 1933. Dice así:

Hacer la guerra para evitar la guerra es un contrasentido. El verdadero pacifista no puede rechazar unas violencias y admitir otras. ¿Qué le queda a la Humanidad para evitar el mal futuro? Le queda la educación pacifista de las nuevas generaciones, la de los niños y adolescentes aún no contaminados por la fiebre que sufren muchos adultos. Esta educación nueva es la única fuerza que puede asentar en firme la paz futura. Hay que crear con la urgencia que la gravedad del caso requiere, y en todos los países, una mayoría de ciudadanos dotados de convicción resistente a todo argumento en contra y de voluntad en las vías de la razón y el derecho, negándose a que tome el camino de la violencia.

Estas palabras, de una actualidad sobrecogedora, constituyen un auténtico tratado sobre la paz y, cada una de sus frases merecería, por sí sola, una conferencia completa.

Como ustedes saben, cada cambio de Milenio ha venido acompañado de profecías apocalípticas que anunciaban el fin del Mundo en una u otra fecha. Lo que ocurría ciertamente era el final de un ciclo que había de morir para permitir el nacimiento de otro nuevo; un cambio de pensamiento hacia ideas nuevas que flotaban sobre las mentes de los hombres, hasta que encontrar el momento adecuado para su aterrizaje. En el paso de la Edad Media a la Moderna, por ejemplo, surge la necesidad, tanto en Oriente como en Occidente, de emprender largos viajes a la busca de nuevos mundos. El tránsito del siglo XX hacia el XXI ha traído el desmoronamiento de las estructuras sociales, han caído los muros y las ideologías políticas que con tanta fuerza habían irrumpido en el XIX.

Cuando algo nuevo está a punto de nacer se presenta acompañado de contracciones, dolor y sangre; el pensamiento nuevo de hoy trae un nuevo concepto de la Paz, exige una toma de conciencia y un posicionamiento del lado de un cambio profundo a favor de la tolerancia o en contra. Para que este parto, en el que todos estamos implicados, alumbre algo sano resulta fundamental tener esto muy claro. Rafael Altamira pertenecía al grupo de mentes avanzadas que pudieron acoger ese mensaje del nuevo Milenio.

De ahí comprenderán lo que para él supuso la Guerra Mundial primero y la Guerra Civil después. Gracias a su pasaporte diplomático sale de España, fija su residencia en Bayona (Francia) y continúa asistiendo a las sesiones de

trabajo del Tribunal de La Haya hasta que la invasión nazi obliga a cerrar sus puertas y Altamira debe salir de Francia. A pesar de la excelente acogida del pueblo mejicano, en 1944, son años muy duros para él viendo desmoronarse sus ideales de paz y lejos de su patria; con sus setenta y tres años está a punto de derrumbarse pero reacciona y continúa dando cursos en el Colegio de México y en la U.N.A.M trabajando en su *Manual de términos jurídicos del derecho indiano.*

Por otra parte se reune, en su casa de los Departamentos Washington, con jóvenes intelectuales como Silvio Zabala o Javier Malagón, los futuros historiadores mejicanos. Recibe la visita de varios embajadores, enviados por el general Franco, con la propuesta de garantizar su regreso a España en la seguridad de recuperar su puesto en la universidad española y demás prebendas. Se niega alegando que *no volverá a su patria mientras esté en el poder un régimen ilegal impuesto, tras un golpe de estado, por un soldado traidor al Ejército Republicano.*

Muere un 1º de Junio de 1951 a los ochenta y cinco años de edad, en el exilio, sin volver a ver la luz de su Alicante ni pisar el suelo de su amada España.

En su intervención del pasado viernes Rafael Asín dijo que no quería crear mitos. En mi opinión los mitos no se crean, se generan a sí mismos cuando existen la razón y la fuerza moral suficientes para su aparición. Rafael Altamira pudiera considerarse un ser mítico o no, pero lo que nadie pone en duda es que se trata de un auténtico defensor y propagador de la Paz. De esos pocos hombres cuya obra va estrechamente unida a su vida; de esos hombres, como dije en un principio, que han cumplido con su Destino llevando hasta el final la tarea para la cual estaban llamados.

La importancia de un personaje no viene dada en exclusiva por el volumen de su obra, ni siquiera por la resonancia que haya podido tener en su momento, si no por la coherencia de la obra misma y la del mensaje que encierre. La obra de Rafael Altamira se mantiene al día de hoy absolutamente vigente porque sus principios han trascendido al paso del tiempo de tal forma que pueden servir como modelo ético en cualquier momento histórico.

Antes de finalizar quisiera compartir con ustedes la expresión de su más íntimo deseo: *No quisiera merecer de los hombres más que este juicio: no hizo*

mal a nadie a sabiendas. Hizo el bien que pudo, luchó por causas nobles y fue siempre leal a ellas. Al final de su vida los odios humanos no hallaron en él razón de conciencia en qué basarse. R. Altamira-1931

Desde el 11 de Septiembre me vengo preguntando: ¿Qué pensaría, al día de hoy, Rafael Altamira? ¿De qué lado se posicionaría?

Permítanme la osadía de asegurar: Sin duda alguna, del lado de la PAZ.

Buenas tardes y muchas gracias.

PILAR ALTAMIRA